137

GALERIA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

EL TEATRO:

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA:

SRES. GULLON É HIDALGO.

Madrid: Pez: 40: segundo.

LOS DESCONOCIDOS,

Comedia

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(ESTRENADA EN EL TEATRO DE S. FERNANDO Á BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR, D. ASENCIO FAUBEL.)

SEVILLA:

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera de D. José M.ª Geofrin, Siérpes, 35.

1867.

636:10

GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

EL TEATRO:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA:
SRES. GULLON É HIDALGO.
Madrid: Pez: 40: segundo.

LOS DESCONOCIDOS,

Comedia

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(Representada en el Teatro de San Fernando.)

SEVILLA:
Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera
de D. José M.ª Geofrin, Siérpes, 35.
1867.

PERSONAS.		ACTORES.
Matilde.	Sras.	PEREZ DE FERNANDEZ.
Leonor..	«	TENORIO.
D. Álvaro Sandoval. .	Sres.	TAMAYO Y BÁUS.
El marqués de Mondragon.	«	FAUBEL.
El baron de la Hortaleza..	«	FERNANDEZ.
Don Juan.	«	PALAU.
Domingo, negro. . . .	«	LUNA.
El marqués-presidente. .	«	BARBERÁ.
Un patron.	«	PASTOR.
Un criado.	«	N. N.

NOTA.

Las obras de esta Galería pertenecen en cuanto á su administracion á «EL TEATRO,» empresa de los Sres. Gullon é Hidalgo: Madrid: Pez: 40-2.º—Tiene corresponsales en toda España y sus posesiones de Ultramar.

AL SEÑOR D. VICTORINO TAMAYO Y BÁUS,

JÓVEN Y APLAUDIDO ARTISTA DRAMÁTICO,

en testimonio de síncera estimacion,

justo aprecio de sus relevantes dotes,

y viva gratitud á sus leales consejos,

El Autor.

LOS DESCONOCIDOS.

ACTO PRIMERO.

Pasa la accion en una fonda de Sanlúcar de Barrameda. El teatro representa galería con jardin al foro: columnas á derecha é izquierda por bastidores: butacas de verano: sillería de reja: mesitas portátiles: asientos de tijera. Aparecen á la izquierda Don Juan, sentado ante una mesilla, tomando un refresco, y á la derecha Domingo, paseando con las manos á la espalda. Se oye una habanera, figurando ser tocada por músicos ambulantes, harpas y violines.

ESCENA 1.ª

Don Juan y Domingo.

D. JUAN. —Es necesario arrostrar
el destino con valor,
y con un golpe atrevido
despejar la situacion.
En vano el alma me nubla
con sus sombras el temor;
que triunfa de la cabeza
la cáusa del corazon.
¿Por qué vino á complicar
este malhadado amor
del problema de mi suerte
la dudosa solucion?

DOMINGO. —(*Cantando.*) "Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —¿Por qué sobre mi nivel
tanto se eleva Leonor?

DOMINGO. —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Dió á mis proyectos la pérdida
de mi padre un golpe atroz,
que agrava con sus manejos
sospechoso curador.
Mi hermana en edad nubil,

débil de constitucion,
necesita de mi apoyo
y cariñoso favor.
Juan, consuma el sacrificio
y dí como el hombre-Dios:
"cúmplase tu voluntad
antes que la mia, Señor."

DOMINGO. —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Me tortura el sentimiento
y me mata la razon.

DOMINGO. —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Canta, pobre mozo esclavo.
Yo envidio tu buen humor.

ESCENA 2.ª

Dichos y el Patron.

PATRON. —(*Ap.*) Por las señas de mi suegro
él delante se me pone.
(*A Domingo*) Amigo, aunque usté perdone
esta pregunta.... ¿Usté es negro?

DOMINGO. —(*Incómodo.*) Moreno.

PATRON. — (*Ap.*) Como la tinta
que sale del calamar.
(*Alto.*) Hombre, yo vengo á buscar
á uno de su mesma pinta,
el que vino este verano
de esclavo, ú de cosa así,
de un señor, que no es de aquí,
que diz que es americano.

DOMINGO. —Vaya bien.

PATRON. — Y con fin bueno,
porque yo soy un buen hombre,
vengo á preguntar el nombre
del amo de ese..... moreno.

DOMINGO. —Don Álvaro.

PATRON. — ¿Regular
de estatura? ¿Pelo oscuro?
¿Aire resuelto y seguro?....
Pués no hay más que preguntar.

DOMINGO. —Conque, adios.
PATRON. — Detenga el pié.
Yo soy el patron Juan Merlo.
DOMINGO. —Está bien.
PATRON. — Y vengo á verlo
para hablar con su mercé.
DOMINGO.—Há salido.
PATRON. — Él volverá.
DOMINGO. —Y es claro.
PATRON. — Vendré mas tarde.
Que le digas que me aguarde.
DONINGO. —Bueno.
PATRON. — ¿Te se olvidará?
DOMINGO. —No tan simple le parezca.
PATRON. —Yo soy de aquí, de Sanlúcar,
patron del místico Fúcar
para lo que te se ofrezca.
DOMINGO. —Gracias.
PATRON. — No puedo admitirlas,
sin embargo de estimarlas;
porque cuando vengo á darlas
no me toca recibirlas.
DOMINGO. —Tardar no puede el señor.
PATRON. —Yo me pongo aquí de un brinco.
Vaya. Vengan esos cinco.
Yo no reparo en color.
DOMINGO.—Camará. (*Tendiendo la mano.*)
PATRON. — De corazon,
que á estar en la mano mia
esa cara te ponia
mas blanca que el algodon.
Que dés la razon te ruego.
DOMINGO.—Vaya con Dios su mercé.
PATRON. —Poco tiempo tardaré.
Adios.... moreno. (*Váse por el foro.*)
DOMINGO.— Hasta luego.

ESCENA 3.ª

Don Juan y Domingo.

D. JUAN. —Fáusta ocasion no distingo
de entregarle este papel. (*Saca un billete.*)

Si por un conducto fiel....
(*Levantándose.*) Este muchacho.... Domingo.
DOMINGO.—¡Ah D. Juan!
D. JUAN. — (*Ap.*) Es un abuso
que la prevision reprueba.
Si D. Álvaro no aprueba....
Pero si este medio excuso,
aunque al decoro no cuadre
y la amistad me haga cargos,
¿cuál escoger contra un Árgos
del calibre de ese padre?
DOMINGO.—¿Qué quiere?
D. JUAN. — De tu viveza
demostracion no prolija:
dar este papel á la hija
del Baron de la Hortaleza.
DOMINGO.—Salió.
D. JUAN. — No puede tardar.
Dáselo con discrecion.
Es letra de una cancion
que yo me presté á arreglar,
y... cosas de las mugeres,
trata para sorprender
que nadie llegue á entender
este secreto. ¡Qué quieres!
Hay que tener complacencia,
y ella es muy egecutiva.
Conque nadie se aperciba
de tan árdua diligencia.
Cuenta no vaya á reñirme.
Con sigilo. ¿Estás?
DOMINGO.— Estoy.
D. JUAN. —Gracias, Domingo. (*Ap.*) Me voy.
de miedo de arrepentirme.
Escucha. Toma.... (*Registrando el bolsillo.*)
DOMINGO.— No quiero.
D. JUAN. —Por favor te lo reclamo,
Domingo.
DOMINGO.— Me ha dicho el amo
que á nadie tome dinero.
D. JUAN. —Pero....
DOMINGO.— Nada hay que me venza.
D. JUAN. —Mira....
DOMINGO.— Cuando me lo paga

algo malo quiere que haga.
D. JUAN. —(*Ap.*) Me sofoca la vergüenza.
(*Alto.*) No mas del asunto se hable.
Es cosa de buen estilo
la comision. Con sigilo.
(*Ap.*) Vamos: soy un miserable.
(*Sale por el fondo.*)

ESCENA 4.ª

Domingo, poco después Leonor y Matilde.

DOMINGO.—Será una cancion de rango,
de esas tan tristes y tan....
sin los golpes del tam-tam,
y sin el compás del tango.
A la gente de color
le gusta el canto bravío:
"Chinita, yo traigo frio
"dáme consuelo con tu calor."
MATILDE.—Amiga Leonor, es nulo
ese empeño en ocultar
un inquieto malestar
que no admite disimulo;
porque cuando el alma entiende
que su triste afan encubre
es cuando mas le descubre,
y con su esfuerzo le vende.
(*Se sientan á la izquierda en dos butacas.*)
Franqueza, niña querida,
y una absoluta confianza;
que á mi edad harto se alcanza
de los lances de la vida.
LEONOR. —Matilde ¡cuánto mitiga
del ánimo la inquietud
con tierna solicitud
una verdadera amiga!
¡Cuánto de mi intenso mal
han conjurado el efecto,
su puro y constante afecto,
su prevencion maternal!
Me pide usted con razon
de mi secreto la clave,

y la ingratitud no cabe,
Matilde, en mi corazon.
(Con melancólica confidencia.)
Desde que perdí á mi madre,
de madres cristianas prez,
soy presa de la altivez
y la ambicion de mi padre.
Mi suerte á su intento aduna;
de amor me roba al arrullo:
áncora soy de su orgullo,
y alarde de su fortuna.
De mi educacion modesta
á que reniegue me obliga,
y á que sus antojos siga
á sus cálculos dispuesta.
De la envidia los rencores
sufriendo voy resignada,
pobre víctima, llevada
al sacrificio entre flores.
Vedado al pecho el amor,
y al seco interés vendida,
arrastro enojosa vida
entre fáusto y esplendor;
y aguardo que al fin esplote
mi porvenir malhadado
algun prócer arruinado
á quien seduzca mi dote.

MATILDE. —¿En esa sombría pintura
no imprimen negro color
de algun combatido amor
el despecho y la amargura?

LEONOR. —Matilde.....

MATILDE. — Yo hago memoria,
y tengo..... así..... cierta luz
de un estudiante andaluz
que..... Complete usted la historia.
Diz que era un jóven cabal,
y aplicado, y de esperanzas.
¿Hubo súbitas mudanzas...?
¿El Baron le encontró mal...?

LEONOR. —En casa de Mister Kean,
de mi padre compañero,
me prendó el trato sincero
de Don Juan de Albarracin:

mancebo de honrada cuna;
simpático y agradable;
alma recta; trato afable,
y de mediana fortuna.
Cortés y asíduo á mi lado
fiel obsequio me rendia;
mostrándose cada dia
mas galante y delicado.
Y de uno en otro favor,
admitido en sociedad.....

MATILDE. —La llama de la amistad
trocose en fuego de amor.
Es la historia sempiterna
del pobre linage humano.
Y bien ¿qué influjo tirano
cortó inclinacion tan tierna?

LEONOR. —A nuestro amoroso objeto
temiendo contradicciones
calculamos condiciones
de discrecion y secreto.
Mas de curiosos insultos
sufrimos luego el rigor.

MATILDE. —Las riquezas y el amor
no pueden estar ocultos.
Así lo dice un refran,
que es evangelio abreviado.

LEONOR. —Mi padre quedó enterado
de nuestro amoroso plan.
Y al fin de una escena cruel
de sarcasmo y de ironía:
«no quiero en casa, decia,
«los amantes de Teruel."

MATILDE. —Comprendo lo sucedido:
declaracion terminante
de hostilidad á el amante:
llamarle el desconocido:
abrumar á usted á riñas:
darle disgustos sin fin.....
Todo lo que Moratin
toca en el «*Sí de las niñas.*"
Víctima soy de ese trato,
en desventuras fecundo.

LEONOR. —Con respeto el mas profundo
obedecí su mandato.

A casa de Mister Kean
no torné en la temporada.
Toda conexion cortada
quedó con Albarracin.

MATILDE.—De la regla general
forma usted digna escepcion;
que escasos los tipos son
de esa obediencia filial.
Y el amante ¿acató asi
solucion tan dura y fría?

LEONOR. —Partió para Andalucía,
y le hé visto ayer aquí.

MATILDE. —Pero ¿dónde?

LEONOR. — En el hotel.

MATILDE. —¡Es posible!

LEONOR. — Y mucho temo
de su pasion un extremo;
porque es decidido y fiel.

MATILDE. —¿Es el jóven que ayer noche
nos acompañó á cenar?

LEONOR. —El mismo.

MATILDE. — ¿El que fué á buscar
el americano en coche?
Es un apuesto doncel,
cuya figura previene....

LEONOR. —(*Levantándose.*) Vámonos. Mi padre viene.

MATILDE. —Pués ¡plaza á Don Pedro el Cruel!
(*Se retiran por la derecha.*)

DOMINGO. —Darle el papel es mejó
cuando no haya desavío.
«Chinita, yo traigo frio:
«dáme consuelo con tu caló."
(*Se retira hácia el foro.*)

ESCENA 5.ª

El marqués, el baron y Domingo.

BARON. —Marqués, el antiguo régimen
es insostenible yá;
pués con el moderno espíritu
es un delirio luchar.

MARQUÉS.—Repito que es un escándalo
este amalgama social,

que leyes, costumbres, prácticas,
ha venido á trastornar.
Sus franquicias pusilánime
retracta la autoridad,
y esconde sus fueros tímida
ante una turba procaz,
acosada por el vértigo
de crecer y figurar.
Yá no hay clases: yá no hay títulos
de respetabilidad.
El prójimo yá no es prójimo
en esta lucha fatal;
sino el verdugo ó la víctima
que temer ó que inmolar.

BARON. —De negro vapor la lúgubre
impresion mostrando está
la furibunda filípica
que acaba de pronunciar.

MARQUÉS.—Esta es obra de otro Dédalo:
un laberinto infernal,
donde escuela demagógica
nos ha venido á enredar.
Maldigo la secta estúpida
que nutre y fomenta el mal;
queriendo fundir dos épocas,
imposibles de asociar.
Reclamo un sistema rígido
de restauracion moral
que trace con mano enérgica,
y bajo el antiguo plan,
esos necesarios límites,
ese justo valladar,
que de tropeles frenéticos
pongan á salvo la paz.

BARON. —Marqués, no estamos en la época
de Robespierre y Marat;
ni para esa *salus pópuli*
hay motivo racional.

MARQUÉS.—¡Conque nó! Pues siga impávida
la gaita por el lugar.
Tolerancia con los díscolos,
y culto libre á Belial.
Vengan luego los apóstoles
de la confraternidad,

y extingan los restos míseros
de la prez tradicional.
Cedan los ilustres vástagos
de Giron y de Guzman
á los Gracos de la víspera
sus preeminencias y hogar.
Lance turbulenta cámara
la deshecha tempestad,
cuyos formidables ímpetus
cambian de un pueblo la faz.
Y hasta el calendario múdese,
la epacta, el ciclo solar.
Y haya sú rato de trágala;
la marsellesa; el çá-irá;
el tú por tú de los cuákeros,
y viva la libertad.

BARON. —Con el pesimista cáustico
discutir está demas.

MARQUÉS.—Con el optimista acérrimo
no se puede cuestionar. (*Se sienta.*)

BARON. —Ha empezado nuestro diálogo
por la cuestion capital
del siglo, y que nuestros pósteros
felices resolverán.

MARQUÉS.—A los timbres aristócratas
declaró en caducidad,
reemplazados en sus infulas
por la gente de caudal.

BARON. —Dije á usted que llegó el término
para la feudalidad.

MARQUÉS.—Sí; que ocupe el campo histórico
la familia comercial.
Esa evolucion es lógica.

BARON. —Y á realizarse vendrá.

MARQUÉS.—La calidad es justísimo
que ceda á la cantidad.

BARON. —La nueva ciencia económica
ha venido á revelar
que la produccion y el tráfico
la vida á los pueblos dan,
la contratacion y el crédito
contribuyendo á formar....

MARQUÉS.—¿Y esa gerga filosófica
á qué tiende en puridad?

BARON. —Dá la clave de un fenómeno
que usted quiere desvirtuar.
Mas que los recuerdos ínclitos
del Cid ó el Gran capitan
aprecia bancos y fábricas
la pública utilidad.
Y así desciende el barómetro
de los nietos del Pulgar,
mientras suben al pináculo
los hombres de capital.
MARQUÉS.—Pués ¡paso á la grey judáica
que aquí se vuelve á instalar,
porque los Reyes Católicos
(*Levantándose.*) no tienen posteridad!
Alzad altares al ídolo
del interés material.
BARON. —Marqués, su sangriento apóstrofe
ofende la dignidad
de una clase....
MARQUÉS.— Que á la cúspide
pretende osada trepar
por las infamias del préstamo,
por la esplotacion rapaz;
abusos, bajezas, crímenes
queriendo en vano dorar.
BARON. —Marqués, tan violenta hipótesis...
MARQUÉS.—Baron, esta es la verdad.
Esos héroes de la cábala
su fortuna al consumar
con el manto de los próceres
quieren cubrir su ruindad.
BARON. —¡Marqués!...
MARQUÉS.— Baron, al periodo
póngase punto final.
Usted es el polo antártico,
y yo el ártico.
BARON. — Jamás
convendrian nuestros dictámenes.
MARQUÉS.—Es una fatalidad;
pero no causa catástrofe
en la harmonía universal.
BARON. —El porvenir está próximo.
MARQUÉS. —Lo que haya de ser será.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA 6.ª

—

El Baron y Domingo.

BARON. —¡Insolente personage!
¡Cual sus pasiones desfogan!....
Hé aquí un hombre á quien ahogan
la vanidad y el corage.
Miserable, que no vé
en el cénit español
el giro augusto de un sol
que no detendrá Josué.
Ceda tu clase su fuero
y sus timbres primitivos
á los potentes y altivos
sémi-dioses del dinero.
Abra paso lo que fué
de lo nuevo á la existencia.

(*Domingo se acerca al Baron con grande misterio.*)

DOMINGO.—Señó, si me dá licencia,
quiero hablar con sumercé.
BARON. —Yá te escucho,
DOMINGO.—(*Con embarazo.*) Estaba yo
aquí mimo denenante
cuando D. Juan.....
BARON. — Adelante.
DOMINGO.—Vá, me mira, y me llamó.
Me dice-Domingo....
BARON. — En fin.
¿Qué D. Juan? Señas reclamo.
DOMINGO.—Es un amigo de mi amo.
D. Juan de Barracancin....
BARON. —¡Albarracin!
DOMINGO.— Eso: eso.
Conque voy: me arrimo á él;
y entonces me dió un papel,
y con cargo muy expreso
de que nadie se enterara,
que mucho me lo encargó,
á la hija de usté, señó,
me dijo que lo entregara.

BARON. —¡Ola!
DOMINGO.— Y no pude hasta ahora
el mandato obedecé;
que entró con otra mugé....
digo, con otra señora.
BARON. —¡Bravo!
DOMINGO.— Yo dije-compadre,
ocasion mijó vendrá.—
(*Le dá el billete.*) Tenga usté. Lo mimo dá
una hija que su padre.
BARON. —Justo. (*Ap.*) Importa que yo lea
del galan la esplicacion:
DOMINGO.—Es letra de una cancion:
cuide que nadie la vea.
Y cállelo por su vida;
¡que D. Juan me lo encargó
tanto!....
BARON. — Ya le pondré yo
buena música. Descuida.
DOMINGO.—Yo me retiro, señó.
BARON. —Anda con Dios, hijo mio.
DOMINGO.—"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

ESCENA 7ª.

El Baron, poco después D. Juan.

BARON. —¡Vamos! Hay casualidades
que parecen providencias.
No sé por qué me repugna
romper del billete el nema;
y ello es preciso que yo
si hay un riesgo le prevenga.
Resolucion!... Alguien viene.
(*Guarda el billete.*)
D. JUAN. —(*Ap.*) El padre!
BARON. — (*Ap.*) El galan! ¡Qué idea!
(*Alto.*) Caballero....
D. JUAN. —(*Saludando.*) Señor mio....
BARON. —Dispense usted la molestia.
Una palabra.

D. JUAN. — Me tiene,
caballero, á su obediencia.
BARON. —Sírvase usted.... (*Ofreciéndole asiento.*)
D. JUAN. — Muchas gracias.
Estoy bien.
BARON. — Como usted quiera.
Ante todo, le suplico
que excuse la inconveniencia....
D. JUAN. —No hay de qué.
BARON. — Si lo permite
voy á entrar luego en materia.
D. JUAN. —Sumiso aguardo sus órdenes.
BARON. —Mucho estimo su fineza.
Señor D. Juan, de su mérito,
sus circunstancias y prendas,
llegaron á mi noticia
las honoríficas pruebas.
D. JUAN. —Señor....
BARON. — Brillante discípulo
preció á la central escuela,
y notable profesor
hoy en su cláustro descuella.
Resalta en el Ateneo
entre la brillante pléyada,
y electriza su palabra
del derecho en la Academia.
D. JUAN.—Suplico á usted....
BARON. — Sus lecciones
populariza la prensa,
y en los debates forenses
relevantes dotes muestra.
D. JUAN.—Señor Baron, sus lisonjas
mortifican mi modestia.
BARON. —Tal cualidad del talento
es perenne compañera.
D. JUAN.—Pero en fin.....
BARON. —(*Con ironía.*) Reprima usted
esa fogosa impaciencia.
Yo celebro la ocasion
que á su persona me acerca,
y me proporciona un título
para hacerle una advertencia.
D. JUAN.—Mucho retarda el favor
que su bondad me dispensa.

BARON. —Jóven, usted subirá
á superiores esferas
si á sus grandes condiciones
equipara la prudencia.
D. JUAN.—Señor Baron ¿es consejo?
BARON. —Llámele usted como quiera.
Es lástima que le roben
á sus ilustres tareas
ambiciones prematuras
ó sociales exigencias;
y sobre todo, el amor,
que es de la razon la venda,
y costó á Sanson el pelo
y su gloria al Rey-profeta.
D. JUAN.—Ignoro las circunstancias
que motivan tal reseña.
BARON. —Amor hizo hilar á un Hércules,
al simbolo de la fuerza;
extinguiendo en Salomon
la mas rara inteligencia.
D. JUAN.—Suplico á usted, caballero,
que ponga fin á esta escena.
BARON. —Pués sentado que el amor
al mas lince ofusca y ciega,
le esplicará este papel
el motivo de mi arenga.
(*Entregándole el billete.*)
D. JUAN.—Caballero.....
BARON. — El portador
procedió como quien era,
y la eleccion del conducto
su tacto no recomienda.
D. JUAN.—No sé cómo.....
BARON. — ¿Hé adquirido
el papel? Una torpeza.
Espero, señor Don Juan,
que desista de su empresa,
y le anticipo las gracias
por conducta tan discreta.
¿No es así?
D. JUAN.— Dispense usted,
pués que provoca mi réplica.
Está usted en su derecho
oponiendo resistencia

á los votos de mi amor...
BARON. —Celebro que así lo entienda.
D. JUAN.—Pero yo estoy en el mío,
insistiendo con vehemencia
en pretensiones de afecto
que ni ley ni honor reprueban.
BARON. —Sé los derechos de padre.
D. JUAN.—Yo conozco donde empiezan,
y dónde existe la valla
que de abusos los preserva.
BARON. —Ahorremos los resultados
de una esplicacion violenta...
D. JUAN.—Imposible entre nosotros,
aunque usted la promoviera.

ESCENA 8.ª

Dichos y D. Alvaro, que se acerca poco á poco.

BARON. —Caballero, mi fortuna,
mi posicion, y la alteza
de relaciones y crédito
á mi situacion anexa,
el cariño paternal,
el interés, y la idea
del mas allá de la tumba
que una raza representa,
me sugieren pensamientos
que en usted no se completan.
D. ÁLVARO--Perfectamente, baron, (*Interponiéndose.*)
y apoyo la reprimenda.
(*A D. Juan.*) Si señor, y es muy extraño
que un jóven de génio y letras
no reconozca distancias,
y no respete barreras.
BARON. —Exactamente.
D. JUAN. — Don Álvaro!...
D. ÁLVARO--Los hombres tienen sus épocas,
y cuando yunques aguantan,
y cuando martillo aprietan.
BARON. —¡Cómo!
D. ÁLVARO-- Es claro, y el señor (*Señalando al Baron.*)
vivo ejemplo nos presenta.

Natural de Arrigorriaga,
y de humilde procedencia,
vino á Madrid mozolejo,
y sin tener dos pesetas;
colocándose en la casa
de D. Lúcas de Ibarbéitia,
almacen de ultramarinos
en la calle de Carretas.

BARON. —Esa historia....

D. ÁLVARO-- Es la leccion
mas elocuente y severa.
Habia entonces el estilo
en todas las dependencias
mercantiles de casar
á dependientes y horteras
con las hijas ó prohijadas
de los dueños... ¡Linda breva!
El buen Don Lúcas tenía
dos hijas como dos perlas,
y como perlas salieron:
una blanca y otra negra.
Tocó la blanca al señor,
sér de fabulosa estrella,
y la hermana... yá es difunta.
Dios en descanso la tenga.

BARON. —Pero esa historia.....

D. ÁLVARO.-- Es precisa
para sacar consecuencias.
Don Lúcas murió, dejando
de su haber por herederas
á las niñas que partieron
á millon cada una de ellas.

D. JUAN.—¡Basta...!

D. ÁLVARO.-- Pecador rebelde,
aguarde su penitencia.
Este señor desde luego
puso en alquiler la tienda;
inaugurando la série
de sus gloriosas empresas.
Vino la guerra civil
con sus tristes peripecias,
y el señor Baron obtuvo
enmedio de aquella gresca
el cargo de contratista,

que desempeñó en conciencia.
Pero la envidia insidiosa
que en el mérito se ceba
propaló que se cobraban
como legales expensas
sumas, que por otra parte
no salian de la gabeta.

BARON. —¡Infamias!

D. ÁLVARO.-- Para abreviar.
En lo vivo de la guerra
la desamortizacion
Mendizabal nos presenta.
Muchos repugnan el caso.
Vários un fraude recelan.
Otros temen compromisos
en un cambio de sistema,
y el señor Baron jugando
el albur con alma intrépida
entre urbano y entre rústico
compró á Castilla la nueva.
Y en tal precio y tales plazos
que debió comprar la vieja.

BARON. —El relato se prolonga,
y yo tengo que...

D. ÁLVARO.-- Yá llega (*Deteniéndole.*)
el epílogo, Baron,
y tras dél la moraleja.
Concluye la lid terrible
en el año de cuarenta,
y rico y considerado
este caballero queda.
Cambia el aspecto político,
y sus amistades nuevas
le valieron en la Bolsa
una fortuna estupenda.
Otra vez tornó la envidia
á sus inícuas ofensas.
Se habló de combinaciones,
de primas en carreteras,
de anticipos reembolsables....

BARON. —Señor Don Álvaro.....

D. ÁLVARO.-- Nécias
y ridículas especies,
impropias de gente séria.

El señor se hizo banquero
de reputacion inmensa,
y á poco ostentaba el título
de baron de la Hortaleza.
¡Y vea usted lo que es la envidia!
Al dar del suceso cuenta
cierto diario de la córte
puso con todas sus letras
el baron de la Hortaliza,
en son de yerro de imprenta.

BARON. —Últimamente....

D. ÁLVARO.— Ecce homo.
El que así procede y trepa
á la cumbre del poder,
y de la humana grandeza,
tiene un derecho inconcuso
á decir á quien se atreva
á pretender el honor
de entrar en su parentela:
—«Cuando usted llegue á mi altura
tendrá legítima audiencia."

BARON. —Justo.

D. ÁLVARO.— En tanto con el brillo
de su rango y sus riquezas
el señor baron la mano
de su linda hija reserva
ó para un grande de España
ó para un lord de Inglaterra;
para un bajá de tres colas
ó para un shak de la Pérsia.
(*Ap. al Baron.*) Dura ha sido la leccion.
Mírele usted las orejas.
(*Ap. á D. Juan.*) Si el Baron es basilisco
termina el lance en tragedia.

ESCENA 9.ª

Dichos, Leonor, el marqués, Matilde con un periódico, y vários huéspedes que se instalan en la galería en grupos diferentes.

MATILDE. —Singular es la ocurrencia.

LEONOR. —Y el lance no hemos sabido.

MARQUÉS,—Bien el héroe ha merecido
la cruz de beneficencia.
BARON. —¿De qué se trata?
MARQUÉS.— Se trata
de un nadador ágil, fuerte,
que á las garras de la muerte
á dos niños arrebata.
MATILDE.—En este suelto se cuenta
tan notable bizarría.
BARON. —¿Y el salvador todavía
la figura no presenta?
MATILDE.—(*Leyendo.*) "Era un hombre de gran brío
"y de rara intrepidez.
"Salvó á los dos, y á la vez,
"y tornó á lanzarse al rio
"para evitar que la gente
"reunida le conociera.
MARQUÉS.—Es condicion noble y fiera,
propia de un hombre valiente.
BARON. —Es un hecho sin valor;
que segun del trance infiero
es el héroe un marinero,
y tal vez gran nadador:
gente en esas cosas lista,
y acostumbrada á ese apuro.
(Á *D. Álvaro.)* ¿Qué opina usted?
D. ÁLVARO-- De seguro
que no era capitalista.
BARON. —Mi idea....
D. ÁLVARO-- La traduzco fiel,
y su reparo yá es viejo.
Expone siempre el pellejo
el que no tiene mas que él.

ESCENA 10.

Dichos y el Patron.

PATRON. —Con el permiso de ustedes,
y perdonen si molesto,
¿Don Álvaro Sandoval
quién es de estos caballeros?
D. ÁLVARO--Servidor de usted.

PATRON. — Padrino,
yá me lo estaba diciendo
el corazon: cuando vide
á usté me pegó asi un vuelco.
D. ÁLVARO--¿Puedo saber...?
PATRON. — Esas manos
á besar humilde vengo;
y mientras mas gente hubiere
delante tanto mas bueno;
porque soy agradecido.
Yo soy el patron Juan Merlo.
D. ÁLVARO--No tengo el gusto....
PATRON. — Yo soy
el padre de....
D. ÁLVARO--(*Con viveza.*) Pasaremos
á mi cuarto, si usted quiere.
PATRON. —Pués francamente no quiero.
Al señor, óiganme todos,
mas que la vida le debo;
que me ha salvado á dos hijos
que estaban yá pereciendo.
(*Sensacion general.*)
LEONOR. —¡Cómo!
MATILDE. — ¡Don Álvaro!
BARON. — Amigo....
MARQUÉS.—(*Al baron.*) Yá pareció el marinero.
D. ÁLVARO--Yá vé usted la situacion
que á sus alborotos debo,
amigo Juan. A esta escena
por favor pongamos término.
PATRON. —Pero ¿usté me dá la mano?
D. ÁLVARO--De amigo.
PATRON. — Así no me atrevo;
que yo soy un pobre diablo,
y usté....
D. ÁLVARO-- Vamos, majadero,
déjese usted remolcar. (*Llevándole.*)
PATRON. —Salú. Me voy con buen viento.
(*Salen por el foro.*)
MARQUÉS.—¡Original aventura!
LEONOR. —Es generoso y modesto.
MATILDE. —Me ha conmovido la escena.
BARON. —Si es un lance novelesco.
(*Suena la campana del comedor: movimiento general.*)

(*A Matilde.*) A la mesa nos invita
del metal sonoro el eco. (*Le ofrece el brazo.*)
MATILDE. —¿Usted conoce á D. Álvaro,
Baron, de hace mucho tiempo?
MARQUÉS.—El cavaliero servente (*A Leonor.*)
ofrece á usted sus obsequios.
(*Salen por el foro.*)

ESCENA 11.

Don Juan, poco después D. Alvaro y Domingo.

D. JUAN. —Alma, basta de sufrir.
Corazon, no te subleves.
Oh fantasía, no me lleves
en el espacio á morir.
Polo de amor é idealismo,
hoy halla en tí mi desvelo
ante mis ojos el cielo
y ante mis piés el abismo.
Adios, sueños que forjé
deliciosos en mi mente.
D. ÁLVARO--Jóven, levanta la frente,
y nunca pierdas la fé.
D. JUAN. —El infortunio vá en pos,
Don Álvaro, de mi huella.
Naci bajo infausta estrella.
D. ÁLVARO--Huérfano, te queda Dios.
Y es bien próvido contigo,
pués de tu padre en defecto
te depara en mí el afecto
de un hermano y de un amigo.
D. JUAN. —Déjeme usted sucumbir
al peso de mi destino.
D. ÁLVARO--Debes abrirte el camino
que conduce al porvenir.
Juntos, y por nobles modos,
realicemos nuestro plan:
obstáculos surgirán:
los arrostraremos todos.
De las sombras á la luz
en el paso temerario
á la cima del Calvario

llevaremos nuestra cruz.
Y Dios dará á nuestra empresa
su proteccion soberana.

DOMINGO.—Yá tocaron la campana.

D. ÁLVARO--Gracias, Domingo. A la mesa.
(*Toma del brazo á D.ª Juan y le lleva aparte.*)
Lema: morir ó vencer.
A Madrid vamos unidos,
y allí los desconocidos
se darán á conocer.

ACTO SEGUNDO.

Salon de recibimiento en la fonda de Sanlúcar de Barrameda, decorado con suma elegancia; puerta al foro y dos laterales. Sobre la mesa, colocada enmedio de la estancia, se ven revistas y periódicos. Domingo se ocupa en examinar un grabado de la *Ilustracion* que representa vários tipos de naciones africanas. Es de noche.

ESCENA 1.ª

Domingo, poco después Matilde

DOMINGO.—(*Leyendo*) «*Tipo del negro mandinga con su trage de batalla...*"
Asi estarán mis parientes,
con plumas, flechas y lanzas,
el zarcillo en la nariz,
y pintado el cuerpo á rayas,
mientras yo llevo librea
y sombrero de cucarda,
y hago de perro en dos piés,
ó así... de una cosa que habla.
Es verdad que la cabeza
aquí tengo asegurada,
y no me vende un gangá
por objetos de quincalla;

pero.... ¡vamos! que se me arde
toda mi sangre africana,
al mirar á este mandinga,
dispuesto para campaña.
¡Ah mandinga! Negro bueno,
taja la cabeza, taja.

MATILDE. —Es preciso que yo sepa
si es que Don Álvaro se halla
por amistad ó por deudo
unido á Ricardo. ¡Es rara
coincidencia! Sandoval
como Ricardo se llama.
Su figura y su carácter
á Ricardo me retratan.
¿Será el mismo?... Fantasía
¿á dónde, loca, me arrastras?

DOMINGO. —¡Ah mandinga! Estira el arco
y mata á ese perro, mata.

MATILDE. —El negrito! Y cómo al ver (*Acercándose*).
sus iguales se entusiasma!
Domingo.

DOMINGO. — Mande, señora.

MATILDE. —¿Qué te parece esa estampa?

DOMINGO. —Niña Matilde, mi madre
es de esta parte del África;
hija del mayor cacique
que en aquellas tribus manda:
una especie de Princesa.....

MATILDE. —¿Cómo vino á ser esclava?

DOMINGO.—Un hermano de mi abuelo,
por yo no sé qué venganza,
se la llevó con engaño
á la factoría inmediata;
vendiéndola á los negreros
por dos cuchillos y un hacha.

MATILDE. —¿Y tu padre?

DOMINGO.— Un lucumí,
un come-gente, un canalla.

MATILDE. —Tu señor, segun entiendo,
no como esclavo te trata.

DOMINGO.—Eso sí. Tengo por amo
al hombre mijó de España.
¡Qué corazon! ¡qué talento!
Hermoso en cuerpo y en alma.

MATILDE. —¿Tiene familia en América?
DOMINGO.—Ninguna.
MATILDE. — ¿Tiene en su pátria
padres, hermanos, parientes?
DOMINGO.—Si los tiene es cosa estraña;
porque ninguno lo ha visto
desde que vino de Plata.
MATILDE. —¿Le sirves de mucho tiempo?
DOMINGO.—Me compró casi de guagua
en la quiebra de un lonjista
en la que salí á subasta.
MATILDE. —Y mejoraste de suerte
sin duda.
DOMINGO.— Mucho, á Dios gracias.
El otro era un catalan
que por quitame esas pajas
á San Benito en presona
un boca-abajo le daba.
MATILDE. —Dime ¿y tú no le has oido
en alguna circunstancia
nombrar....?
DOMINGO.— ¿A quien?
MATILDE. — ¿A Ricardo
Sandoval....?
DOMINGO.— Yo! Ni palabra.

ESCENA 2.ª

Dichos y el marqués.

MARQUÉS. —Lindamente me aburría
la funcion ¡Cosa mas mala!
Un sermon interminable.
MATILDE. —¿Cuál fué?
MARQUÉS.— ¡Pieza mas cansada!...
A propósito, negrito.
DOMINGO.—Mande, señor.
MARQUÉS.— Vé y encarga
al camarero Bernardo
que lleve luz á mi sala
de tresillo, y que disponga
mesas, platillos, barajas.
DOMINGO.—Al instante. (*Váse.*)

MARQUÉS. —(*Sentàndose.*) Este animal
se toma aquí unas confianzas,
y entra y sale, y se presenta
como una criatura humana.
Se conoce que su dueño
no le dá buena enseñanza,
et quod natura non præstat
no se aprende en Salamanca.
MATILDE. —Y dime, hermano ¿quedó (*Tomando asiento*)
la comedia terminada?
MARQUÉS. —Antes de que concluyera
alcé el campo y dije «á casa;"
porque del humor que estoy
con una maldita carta
el aire vital me asfixia
y la humanidad me carga.
MATILDE. —Yá sé. Cayó el ministerio.
MARQUÉS.—Pero no se há roto nada.
MATILDE. —Y diz que el marqués, mi primo
político, es quien trabaja
en formar combinaciones.....
MARQUÉS.—¡A su edad! Saldrán bizarras.
Más le valiera ocuparse
en disponer bien el alma,
prófugo del cementerio,
que la bóveda reclama.
MATILDE. —Estás nervioso, irascible... !
¡Pobre hermano! ¿Qué te pasa?
MARQUÉS.—Muger, quisiera ser *médium*;
de esos que evocan fantasmas.
MATILDE. —¿Y á qué fin?
MARQUÉS.— Para evocar
á nuestro abuelo D. Árias.
MATILDE. —¿Con qué objeto?
MARQUÉS.— Conocerlo,
y darle de bofetadas.
MATILDE. —¿Estás loco?
MARQUÉS.— Me ha jugado
una partida serrana.
MATILDE. —¡Nuestro abuelo, el gentil-hombre!
MARQUÉS.—El mismo que viste y cálza.
MATILDE. —¡Pobre señor! ¡Con aquella
peluca tan empolvada,
y aquel gesto de vinagre,

y aquella enorme corbata!...
¿Quién dijera que difunto
hiciese mal?

MARQUÉS.— Pués no es chanza.
Pero á bien que su retrato
de mi enojo no se escapa;
y lo quemaré en efigie.

MATILDE. —Marqués, para broma basta.
Al padre de nuestro padre
de ese modo no se ultraja.

MARQUÉS.—Tú no conoces la historia,
ni de mi furor la cáusa.
Matilde, yo soy la víctima
de una tragedia ignorada,
y sufro las consecuencias
de ciertos duos de D. Árias.

MATILDE. —Cálmate, hermano, y refiéreme
el suceso que te exalta.

MARQUÉS.—Sabes que pensé en cruzarme
de Alcántara ó Calatrava,
y al que nos cuida el archivo
dí encargo de que buscara
las partidas y otras pruebas
que estas órdenes reclaman.

MATILDE. —Don Juan, nuestro bisabuelo,
fué comendador de Alcántara.

MARQUÉS.—Pués el hijo yá verás
cómo ilustró su prosapia.
(*Saca una carta.*)
Atiende (*lee*). "Nos encontramos
"en el abuelo una marra.
"Casó con Calixta, expósita
"de la cuna de Granada,
"y así nos priva de prueba
"materna por esta rama."

MATILDE. —¡Cómo há de ser! No es precisa
cruz verde, ni colorada,
para ser buen caballero,
útil á Dios y á la pátria.

MARQUÉS.—(*Levantándose.*) Y bien mirado es injusto,
es un absurdo, una infamia,
que así frustre los conatos
de toda una estirpe clara
de un D. Árias, ó un D. Júdas

la grosera extravagancia.

MATILDE. —Pero suprime invectivas;
no sea que por obra y gracia
del demonio se penetre
que abates lo que no alcanzas,
diciendo—«*no están maduras*''
como la zorra en la fábula.

MARQUÉS. —Cuando en el reló del tiempo (*Con énfasis.*)
la manecilla señala
el instante decisivo
que á cosa ó persona amaga
solo el que labró el reló
suspende la cuerda y pára.

MATILDE. —¿De modo que de las órdenes
militares se adelantan
el *dies iræ* y el *dies ille?*

MARQUÉS.—Sí, Matilde: el siglo marcha,
arrastaando en su corriente
una porcion de antigüallas.
Pronto no habrá consecuencias
cuando las premisas no haya.
Las pruebas no se comprenden
donde los hechos no pasan.

MATILDE. —Tienes razon.

MARQUÉS.— Yá no existen
los Alcaldes de la Santa
hermandad; de estado noble;
los veinticuatros; las blancas
de carne; los señoríos,
y mil y mil zarandajas
que rellenan espedientes
sin átomo de sustancia,
y al paso que se camina
no vuelve lo que se cambia.

MATILDE. —¡Qué lástima de discurso
perdido para la cámara!

MARQUÉS.—(*Mirando el reló.*)
Diez y media. A pedir voy
mi vaso de naranjada.
Hasta luego. (*váse.*)

MATILDE. — A Dios, hermano.
Dios te dé lo que te falta.

ESCENA 3.ª

Matilde y Don Álvaro.

MATILDE. —La altanera condicion
de sus ascendientes trae.
La vanidad no decae
en la estirpe Mondragon.
Nos marcan los propios sellos:
seguimos las mismas huellas:
pacientes víctimas ellas,
y altivos déspotas ellos.
De sus miras arbitrarias
nos conducen á merced,
y su ejemplo... yá vé usted
el percance de Don Árias.
¡Ay de nosotras, si un tilde
mereciera sus reproches!....
Don Álvaro.....
D. ÁLVARO.-- Buenas noches.
¡Cómo tan sola, Matilde!
MATILDE. —Hace yá tres dias ó cuatro
que mal de salud estoy,
y me hallo tan fatal hoy
que rehusé asistir al teatro.
D. ÁLVARO--Esa nueva me entristece.
MATILDE. —Gracias por el interés!
D. ÁLVARO.--Tan ingénuo y veraz és
que ni las gracias merece.
MATILDE. —Conmigo siempre galante,
me hace, á fuer de bien nacida,
demostrarme agradecida
á un obsequio tan constante.
D. ÁLVARO.--Recibo en ello merced,
y por dichoso me cuento.
MATILDE. —Pero... tome usted asiento.
D. ÁLVARO.--Con el permiso de usted. (*Se sienta.*)
MATILDE. —Es la franqueza mi norte,
y su fuero hé de invocar.
¿Regresa usted á ultramar?
D. ÁLVARO.--Me fijo en la villa y córte.
En América ninguna
conexion dejé al venir,

y allá no se puede yá ir
ni para buscar fortuna.
De la opulencia reniego
si se obtiene á condicion
de los álias de paton,
de gachupin y gallego.

MATILDE. —Lucha aquella sociedad
con espantosa anarquía.

D. ÁLVARO.--Allí es una befa impía
el nombre de libertad.
Rudas, civiles contiendas,
nutren rapaces partidas,
verdugos para las vidas,
el honor y las haciendas.
Yo, testigo imparcial, hablo
de triste esperiencia en pós:
es una tierra que Dios
en feudo concede al diablo;
y al ver en cuadro tan feo
lo que libertad se nombra
vuelvo á vivir á la sombra
del despotismo europeo.

MATILDE. —¿No conserva usted parientes
en España?

D. ÁLVARO.-- Sí; lejanos.
Dos buenos tios, muy ancianos,
en Toledo residentes.

MATILDE. —¡De Toledo y Sandoval!

D. ÁLVARO--¿Qué le escita la memoria?

MATILDE. —El recuerdo de una historia: (*Con melancolía.*)
recuerdo sentimental.
Ilusion de ser feliz,
cual humo desvanecida.
El tiempo cerró la herida,
y aun duele la cicatriz.

D. ÁLVARO--¿Y el que obtuvo esa ternura
guardó su recuerdo leal?

MATILDE. —Era un hombre escepcional,
Don Álvaro. Estoy segura.

D. ÁLVARO--¿Y qué puede detenerlo
si él es libre y libre usté....?
¿Vive?.... ¿Murió?

MATILDE. — No lo sé;
y me importa no saberlo.

Si existe, y pura la llama
en su corazon conserva,
premio escaso le reserva
la viuda de Leguizama.
Si yá es polvo y podredumbre,
y mora en la eternidad,
vale más que esa verdad
la confusa incertidumbre.
Perdon, si tristes enojos
le causo, amigo, con esto,
y cuando los manifiesto
arrasa el llanto mis ojos.
Una espansion es precisa
á esos dolores del alma,
que encubre ficticia calma,
que disfraza la sonrisa.

D. ÁLVARO.--(*Levantándose.*) Violentar la inclinacion
que á dos séres predispone
es un crímen... ¡Dios perdone
al marqués de Mondragon!

MATILDE. —Más diga usted sin retardo:
lo ruego con prez humilde,
¿cómo sabe usted...?

D. ÁLVARO.-- Matilde,
era mi hermano Ricardo.
Yo reconozco y admiro
á la muger que eligió,
y á quien su fé conservó
hasta el último suspiro.

MATILDE. —¡Basta, basta! (*Cubriéndose el rostro.*)

D. ÁLVARO.-- Duelo tanto
la fosa en altar convierte;
que es envidiable la muerte
cuando merece ese llanto.

ESCENA 4.ª

Dichos y Domingo por el foro.

DOMINGO. —¡Ah mí amo!

D. ÁLVARO.-- (*Ap.*) Majadero!

DOMINGO. —Me manda el señor marqués;
porque dice que le diga
que vaya á unirse con él.

D. ÁLVARO.--¿Para jugar al tresillo?
DOMINGO.—Por eso debe de ser.
D. ÁLVARO--Pués dile que me dispense;
porque tengo un dolor cruel
de cabeza.
DOMINGO.— ¡Ay amo mio! (*Acercándose inquieto.*)
D. ÁLVARO--Anda.
DOMINGO.— ¡Enfermo su mersé! (*Mirándole.*)
Chirigota!—Yo en la cara
se lo habia de conocer.
El esclavo es como el perro:
calla y sufre; pero vé.
Bueno. Le digo que no,
y es mas breve... ¡Vaya bien!
(*Váse.*)

ESCENA 5.ª

Matilde y D. Alvaro.

MATILDE. —Hay un encanto fatal
para el alma en conocer
hasta donde nuestro sér
puede resistir el mal.
Álvaro, mi aciaga suerte
hízome al dolor sufrida.
Hábleme usted de su vida.
Hábleme usted de su muerte.
D. ÁLVARO--Yo me reprendo, señora,
una grave indiscrecion,
y pronto, en otra ocasion....
MATILDE. —Hable usted.
D. ÁLVARO-- Matilde....
MATILDE. — Y ahora.
D. ÁLVARO--(*Sentándose.*) Ricardo, en su honor herido,
por el marqués insultado,
y en su carta apostrofado
de oscuro y desconocido,
su escaso haber malbarata;
á nadie su plan revela,
y en Cádiz se hace á la vela
para el rio de la Plata.
Le brindan colocacion

en casa de un negociante,
y activo y perseverante
se capta su estimacion.
Por su carácter me esplico
sus laboriosos amaños.
Al término de diez años
era independiente y rico;
pero con esa riqueza
que al hombre de bien ufana;
sin gotas de sangre humana;
sin infamia y sin bajeza.
Fruto de honradas labores,
premio de noble interés
que colocar á los piés
del ángel de sus amores.
Y ser rico era bastante;
que la nobleza de cuna
se postra de la fortuna
al resplandor....

MATILDE. — Adelante.

D. ÁLVARO--Del vivo afan que le inflama
galardon esperar osa
cuando yá usted era esposa
del general Leguizama;
y al adquirir la certeza
del infausto casamiento
cierto sombrío desaliento
minó su naturaleza.

MATILDE. —¿Y nadie le declaró
que mandato rigoroso
me dió señor, y no esposo?

D. ÁLVARO--Ricardo lo sospechó.
Con fondos que remitia
mi hermano con mano franca
cursaba yo en Salamanca
medicina y cirujía;
y el ánimo de fé lleno,
sumergía mi inteligencia
en las sírtes de la ciencia
de Hipócrates y Galeno.
Recibido y doctorado,
y mi diploma corriente,
me escribe Ricardo: "vente,
"y establécete á mi lado.

"Entre la médica tropa
"lo moderno lugar se hace,
"y lo estraño es lo que place,
"lo mismo aquí que en Europa."

MATILDE. —¿Y Ricardo?

D. ALVARO-- Pena fuerte,
al abrazarlo sentí;
que en su rostro conocí
que estaba herido de muerte.

MATILDE. —¿Y usted no aspiró á la palma
su existencia de salvar?

D. ALVARO--Solo Dios sabe curar
ulceraciones del alma.
Él trabajaba á destajo,
con verdadero furor;
que de la hiel del dolor
es una esponja el trabajo;
y yo imité su vehemencia,
trocando con loco anhelo
mi profesion en un duelo
entre la muerte y la ciencia.

MATILDE. —¿Pero me acusaba ese hombre?....

D. ALVARO--Él sin quejarse moría, (*Levantándose.*)
y en seis años de agonía
no profirió vuestro nombre.
(*Páusa.*)
Era de otoño una tarde,
tíbia, dulce, perfumada.
Del sol en nube rosada
el último fulgor arde.
Se escucha el canto bravío
del negro que dá de mano;
susurra el éuro liviano;
murmura en su curso el rio.
A la puerta del Palmar,
ingenio sin competencia,
del campo la grata esencia
salimos á respirar;
y silenciosos los dos,
fijos en el propio asiento,
alzamos el pensamiento
á la grandeza de Dios.
Yo estrechaba con ternura
la diestra á mi pobre hermano,

y abrasaba aquella mano
una intensa calentura;
y en mi mano, que estrechaba
la suya amorosamente,
cayó una lágrima, hirviente
como una gota de lava.
Me acerco; quiere ocultar
su triste emocion en vano;
y esclama doliente:—"hermano,
yo no la puedo olvidar."

MATILDE.—(*Levantándose.*) ¡Basta por Dios!

D. ÁLVARO.-- Esa historia
á todos oculta siga,
Matilde; pero nos liga
una sagrada memoria.
Á Madrid parto mañana.
¿vuestra amistad pido en vano?

MATILDE.—Yá me pertenezco, hermano.
(*Tendiéndole la mano que D. Álvaro estrecha.*)

D. ÁLVARO.--Que Dios te bendiga, hermana.

ESCENA 6.ª

Dichos, Leonor y el Baron.

LEONOR. —Matilde ¿se encuentra usted
mejor?

MATILDE.— Gracias. Algun tanto.

BARON. —Há percibido su agente
los diez mil pesos, Don Álvaro.

D. ÁLVARO.--Me lo anuncia este correo,
y á Madrid mañana parto.

MATILDE.—¿Qué tal la funcion?

LEONOR.— Preciosa.
Los actores muy en cuadro.
(*Sentándose junto á Matilde.*)

BARON. —Y á quien fia la direccion
del periódico, comprado
por usted, amigo mio?

D. ÁLVARO.--Su color y marcha cambio.
Es el marqués-presidente
hombre para mí simpático,
y apoyaré su política,
mientras fuere de mi agrado.

LEONOR. —¿Tiene usted fiebre?
MATILDE. — No tal.
LEONOR. —¡Le brillan los ojos tánto!
BARON. —Francamente. El director
desde que supo el contrato
no cesa de suplicarme
que lo recomiende y....
D. ÁLVARO.- ¡Bravo!
Para ese mozo lo negro
es lo mismo que lo blanco,
y al gusto de quien le paga
se torna ruso ó polaco.
BARON. —¿Y repara usted en eso?
Por Dios! No le hacía tan cándido.
D. ÁLVARO.--Si es candidez el decoro
aun me queda ese resabio.
MATILDE. —Niña, tenga usted valor
y espere.....
LEONOR. — Por Dios! Más bajo.
BARON. —En fin, si no puede ser
de su parte le deshaucio;
y quizás utilizarle
pudiese entrar en mis cálculos.
Verémos.
D. ÁLVARO.-- ¿Se lanza usted
á la oposicion?
BARON. — Me lanzo.
D. ÁLVARO.--¿Es decir que el ministerio
le borra de candidato
en la consabida lista
de su antecesor?
BARON. — Hay algo;
pero no es esa la cáusa
que á mi oposicion dá pábulo.
D. ÁLVARO.--La contrata de carbones
sé que la desaprobaron.
BARON. —Ese carbon ha de dar
mucho tufo.
D. ÁLVARO.-- Me hago cargo.
LEONOR. —Entre amar y obedecer
conmigo misma batallo.
MATILDE. —¡Pobre Leonor! Esa historia
está empapada en mi llanto.
D. ÁLVARO.--Baron, del vapor *Lanuza*

salió efectivo el naufragio.
BARON. —Tiene desgracia esa línea:
dos siniestros en un año.
D. ALVARO.--La nuestra, gracias á Dios,
aun no ha sufrido fracaso.
BARON. —Fuera un negocio magnífico
á estar en las propias manos;
pero dos, y en competencia,
se producen mútuo daño.
Bien pudiera usted venderme
sus acciones al contado,
como otras veces le hé dicho.
A lo Príncipe las pago.
Un diez por ciento de prima.
¡Eh! ¡qué tal! ¿Se cierra el trato?
D. ALVARO.--Y vá de treinta, Baron.
BARON. —Bah! Tantas veces vá el cántaro.....

ESCENA 7ª.

Dichos y Domingo.

DOMINGO. —Señor, señor, yá ha venido....
D. ALVARO.-Está bien ¡calla!
DOMINGO — ¿Me aguardo?
D. ÁLVARO.-(*Al Baron.*) Con permiso. Voy á dar
una razon al muchacho.
(*Habla aparte con el negro.*)
BARON. —(*Ap.*) Si logro unir ambas líneas
¡qué golpe tan soberano!
Diez por ciento, y un cincuenta
á mis consócios les cargo.
D. ÁLVARO.--¿Hás entendido?
DOMINGO.— Corriente. (*Váse.*)
D. ÁLVARO.--Baron, recuerdo un adagio.
Más vale llegar á tiempo....
BARON. —¡Ah! sí: que rondar un año.
D. ÁLVARO.--Nos viene como de molde.
Hace un segundo tratábamos
de las líneas de vapores
que recorren el Atlántico,
y me negaba á venderle
la mitad del negociado.

BARON. —¿Y muda usted de dictámen?
D. ÁLVARO--Mi sócio, Mister Jhon Cláyton,
enagena un centenar
de acciones, y á precios altos,
y no me gustan negocios
en que manipulen vários.
BARON. —¿Y esa noticia?
D. ÁLVARO.-- Domingo
la contestacion me trajo
de la casa de Saavedra,
donde mandé á preguntarlo.
BARON. —¿Usted me vende el total?
D. ALVARO.--Hombre, yo no digo tanto.
¿Quiere usted que de esto hablemos
tranquilamente en mi cuarto?
BARON. —Con mucho gusto. Leonor,
¿tú pasarás aquí un rato?
LEONOR. —Si usted lo permite....
BARON. — Bien!
(*Ofreciendo el brazo á D. Álvaro.*)
Servo umilíssimo.
D. ÁLVARO-- Vamos (*Salen por el foro.*)

ESCENA 8.ª

Matilde, Leonor, poco después don Juan.

MATILDE. —Yo no puedo aconsejar,
Leonor, la desobediencia;
ni me atrevo á declarar
que debe usted renunciar
á una feliz existencia.
LEONOR. —En este penoso afan
su noble auxilio reclamo.
MATILDE. —Como prólogo del plan.
¿Quiére usted mucho á D. Juan?
LEONOR. —¡No más reserva! Yo le amo.
Dulce, amante, lisongero,
mereció el amor primero
que mi pecho hizo latir;
y este amor será el postrero
que pueda el alma sentir.
MATILDE. —Pués la situacion es grave.

LEONOR. —Yo procuro obedecer,
y que este cariño acabe.
MATILDE. —¡Estéril lucha! No cabe
ser una cosa y no ser.
LEONOR. —Se estrella así mi albedrío
contra vallas opresoras,
y en su proteccion confío
para conjurar.... ¡Dios mio!
D. JUAN. —Estoy á sus piés, señoras.
MATILDE. —Bien venido, caballero,
quien tan pronto ha regresado.
D. JUAN.—No corre el tiempo ligero
para el amor verdadero
de su objeto separado.
Una semana en Lebrija
pasé: siglo y no semana.
MATILDE. —¿Su vecindad allí fija?
D. JUAN. —Hay deber que me lo exija,
y vuelvo á Madrid mañana.
MATILDE. —¿Un deber de corazon?
D. JUAN.—Ese verá satisfecho
lográndose mi ambicion.
Han sacado á oposicion
mi cátedra de derecho.
Há dos años la disfruto,
y haciendo méritos vengo
de profesor sustituto,
y por feliz me reputo
si en noble liza la obtengo:
que si prez y galardon
en esta lucha no acopio
es grande satisfaccion
llegar á la posicion
que el hombre debe á sí propio.
MATILDE. —Dios camino franco le abra,
y de su gracia el tesoro.
D. JUAN.—Mi suerte en vano se labra
si no obtengo una palabra
del ángel á quien adoro.
LEONOR. —Temo de un padre el despecho
si aquí fuera sorprendida.
D. JUAN.—Rara ocasion aprovecho.
Está Domingo en acecho
y avisará su venida.

MATILDE.—Allí me voy á instalar. *(Señalando á la mesa.)*
Prudencia, niños. (*Se pone à leer.*)
D. JUAN. — Leonor,
no me puede usted negar
el derecho de esperar
en la dicha de su amor.
LEONOR. —Mi padre, Juan, me ha prohibido
de este afecto la ventura. (*Levantándose.*)
D. JUAN.—Yo le tengo merecido,
y solo esperanzas pido
en pago de mi ternura.
Respetando como usted
la paterna autoridad
nunca audaz la afrontaré;
pero nuestra amante fé
no agote la adversidad.
De ese corazon seguro,
lucharé con noble ardor
contra el escollo mas duro;
que amor tan grande y tan puro
vence imposibles, Leonor.
LEONOR. —Es forzoso decidir,
y que esta escena concluya.
D. JUAN.—Quiero mi sentencia oir.
LEONOR. —Pués bien: yo sabré morir;
mas nó dejar de ser tuya.
D. JUAN.—Yá al porvenir desafio
con tu promesa, bien mio.
LEONOR. —El cielo ampare á los dos.
DOMINGO.—*(Apareciendo por el foro.)*
"Chinita, yo traigo frio."
D. JUAN.—La señal. Adios.
LEONOR. — Adios.
(*Don Juan se retira por la derecha.*)
Matilde, mi padre viene,
y retirarnos conviene
MATILDE.—A mi cuarto vamos ahora;
y así del Baron previene
la mirada escrutadora.
(*Salen por la izquierda.*)

ESCENA 9.ª

D. Álvaro y el Baron.

D. ÁLVARO--No se hable mas del asunto.
BARON. —Eso, amigo, es no querer
colocarse en la razon.
D. ÁLVARO--Segun como usted la vé.
El negocio no conviene:
requiescat in pace. Amen.

ESCENA 10.

Dichos y el marqués.

MARQUÉS. —Están ustedes aquí
del *far niente* en la indolencia
mientras abajo hay un duelo
que cien personas contemplan.
D. ÁLVARO--Un duelo!
BARON. — Explíquese usted.
MARQUÉS. —Cuestion delicada y séria
entre un baron aleman
y un lord inglés.
BARON. — ¿Una apuesta?
MARQUÉS.—Se trata de una fortuna
que en el juego se atraviesa,
y que expone á un jaque-mate
del ajedrez la pareja.
Parece que son dos tercios
de los de primera fuerza.
BARON. —¿Sus nombres...?
MARQUÉS.-- Se me resisten
á la memoria y la lengua.
Desde la oracion están
instalados en la mesa.
(*Mira el reló.*)
Son las once y treinta y cinco,
y han movido yá tres piezas.
Bajen ustedes á ver
la solucion del problema.
D. ÁLVARO--Soy con ustedes al punto.

BARON. —¿Cuánto dinero se juega?
(El marqués y el baron salen por el foro.)

ESCENA 11

D. Álvaro, D. Juan, luego Matilde y Leonor.

D. ALVARO.--De mi buena estrella fio
el triunfo de mi esperanza;
y si mi desvelo alcanza.....
D. JUAN. —Don Alvaro.
D. ALVARO.-- Amigo mio.
D. JUAN. —Mi querido protector,
llevé á término la empresa,
y grata, formal promesa
hé obtenido de Leonor.
D. ÁLVARO.--Se lograrán nuestros planes,
y sin andar por las ramas.
Ahí se acercan nuestras damas.
MATILDE. —Aquí están nuestros galanes.
D. JUAN. —(*A Leonor*) Un momento por favor.
LEONOR. —Me devora la inquietud.
(*Hablan junto á la puerta derecha.*)
MATILDE. —Disfrute la juventud
las primicias del amor,
y un afecto fraternal
nos úna de aquí adelante.
D. ÁLVARO.--A mi ambicion no es bastante,
señora, cariño tal.
MATILDE. --Me sorprende su franqueza.
D. ÁLVARO.--Amo á usted con la pasion
que produce el corazon
de acuerdo con la cabeza.
MATILDE. —¿Con mis memorias en lid
su extraño amor osa entrar?
D. ÁLVARO.--Permítame usted callar,
y merecer en Madrid.
D. JUAN. —Adios, y dáme esa mano
que por tu promesa es mía.
D. ÁLVARO.--Adios pués, y luzca un día
en que reemplace á mi hermano.

ESCENA 12.ª

Dichos y el Baron que sorprende á su hija y á D. Juan, interponiéndose indignado.

LEONOR. —Cielos!
BARON. — Retírese usté;
que ya ajustaremos cuentas.
(Leonor obedece.)
(Ap.) Yo las medidas violentas
en juego desde hoy pondré.
MATILDE. —Álvaro, adios.
D. ÁLVARO-- Hasta pronto.
(Matilde se retira por la izquierda.)
BARON. —¿Fué su partida un ardid?
D. JUAN. —No tal, y vuelvo á Madrid.
BARON. —En balde.
D. ÁLVARO - *(Ap.)* El baron es tonto.
BARON. —Mal sus designios formula
si me pretende cansar,
ó artificioso burlar
mi vigilancia calcula.
Y tenga usted entendido
que muerta la quiero ver
primero que conceder
su mano á un desconocido.
(Sale iracundo por la derecha.)
D. JUAN. —¡Yo insultado de ese modo!
D. ÁLVARO--Nada su fúria te importe.
Buen ánimo y á la córte.
Constancia, y Dios sobre todo.
D. JUAN. —¡Y yo hé callado ante ese hombre!
D. ÁLVARO--¿Adonde vas, aturdido? *(Deteniéndole.)*
Te llama desconocido,
y es muy lógico este nombre.
Personas de tu valer
no entran del vulgo en el roce,
y el Baron no te conoce,
ni te puede conocer.
Para gentes de su estofa
no hay moral apreciacion,
y su calificacion
te ensalza, no te apostrofa.

Desconocido, mancebo,
era el genovés piloto
que buscando el mundo ignoto
dió á Castilla el mundo nuevo.
Desconocidos los tres,
con gigantescas hazañas
ilustraron sus campañas
Pizarro, Almagro y Cortés.
Oscuros, y en gloria hermanos,
ocuparon alta silla
Zenon de Somodevilla,
Gaspar Melchor Jovellanos.
Oscuros, gloria temprana
obtuvieron con fé briosa
un Martinez de la Rosa,
un Argüelles y un Quintana.
Desconocido, camina
sin tregua á la noble altura,
buscando la lumbre pura
del sol que jamás declina.

D. Juan. —¡Incomparable Mentor!
¡Cuánto me inspira tu acento!

D. Álvaro.--Y al tocar el alto asiento
del legítimo valor
á cuantos los tímbres de otros
sin mérito ostentan, dí:
—«mi blason empieza en mí,
y el vuestro acaba en vosotros."

ACTO TERCERO.

El teatro representa antesala elegante en casa de Matilde, con puerta al foro y otra á la derecha que dá entrada al salon de recibimiento: muebles de gusto sencillo y delicado. Aparece Domingo meciéndose en una butaca con impaciencia.

ESCENA 1.ª

Domingo, poco después un criado.

DOMINGO.—Quien espera desespera.
¡Vaya bien con las visitas!
Todo Madrid ha venido
para celebrar sus dias,
y llevo aquí de planton
media hora muy cumplida.
(*Sale un criado.*)
Oye tú, compadre branco,
advierte, hermano, á la niña
que aquí la aguarda el moreno
que yá tiene el alma frita.
(*El criado entra en el salon.*)
Y luego dice mi amo:
«¿Dónde estará ese mandinga?
«¡Quiera Dios que no lo cojan
«para venderlo por tinta!"
¡Y con qué songa me dice
el pícaro del fondista:
«Negrito, parece que hay
«en Madrid várias negritas.
«No faltan, respondo yo,
«le doy al betun salida..."
¡Jé, jé!.... Vamos: me parece
que la sala queda limpia,
y volverá la señora
en cuanto que los despida.
Ella pronto será mi ama;
y me alegro; que es muy linda.
Cruge la seda de un trage.
Aquí está. Dios la bendiga!

ESCENA 2.ª

Matilde y Domingo.

MATILDE.—¡Pobre Domingo! Creí
que yá poco tardaría
en retirarse el pesado
Baron de Santamarina.
Mucho hubiste de esperar.
DOMINGO.—Algo; y que estaba de prisa,
porque no sabe mi amo
donde estoy, amita mia.
MATILDE.—(*Sentándose.*) ¡Cómo así!
DOMINGO.— Ni se lo cuente
nunca jamás, por su vida:
que aunque no maneje el chucho,
ni me ofenda, ni me riña,
con no hablarme algunas veces
con mas rigor me castiga.
MATILDE.—¿Y qué falta has cometido?
DOMINGO.—¡Yo! Ninguna todavia;
pero pienso cometerla
si sumercé no se irrita.
MATILDE.—Esplicate.
DOMINGO.— Yo bien sé
que es preciso que quien sirva
no se tome confianza
con la gente... de otra línia...
MATILDE.—Adelante.
DOMINGO.— Y que se guarde
de una sinvregüencería,
y que pego y quita-motas
con justa razon le digan.
MATILDE.—Pero en fin....
DOMINGO.— Y si D. Alvaro
se entera... ¡María Santísima!
Como no le guste... Entonces
me cayó la lotería.
MATILDE.—¡Vaya! Cuéntame, Domingo,
tus recelos y tus cuitas.
Bien sabes que yo te quiero,
y te doy pruebas de estima.
DOMINGO.—El que bien quiere á Beltran

quiere á su can. No se ría.
Pués señó. Hay en la calle
de la Montera una lista
de presonas, en un cuadro
que ocupa toda la esquina,
y que al daguerreotestripo
ha sacado un retratista.

MATILDE. —¿Y tú tambien...?

DOMINGO. — Yo tambien
quise ver cómo salia.
Y me ha costado tres pesos;
porque es de pintura fina.

MATILDE. —¿Lo remites á tu madre?

DOMINGO. —Yo no sé si es muerta ó viva.
El catalan la vendió
á un caballero de Lima.

MATILDE. —¿Lo mandas como recuerdo
de amor?

DOMINGO. — ¡Buena bobería!
La firmeza en el querer
no es virtud en las Antillas.

MATILDE. —Pués ¿para quién te retratas?

DOMINGO.—¿Su mercé no lo adivina?
(*Con timidez.*) Como se llama Matilde,
y sus amigos y amigas
la visitan y la obsequian....

MATILDE. —(*Levantándose.*) Venga la fotografía.

DOMINGO.—Más... ¿se enfada?...

MATILDE. — Te agradezco
memoria tan expresiva.

DOMINGO.—(*Dándole un retrato en targeta.*)
Pués ahí tiene su mercé
á su esclavo en cartulina.

MATILDE. —¡Ay Domingo!... Estás hablando.

DOMINGO.—Pués yo no hablaba ni chispa;
y me mandó no moverme
el que la máquina arrima.

MATILDE. —Te prometo conservar
tu imágen como reliquia;
porque es noble testimonio
de una tierna simpatía.

DOMINGO.—Si me ocurre una desgracia,
ó que me devore el clíma,
ó que me muera yo mimo,

porque eso es cosa precisa,
dura el papel, y en la estampa
cuando quiere usté me mira.

MATILDE.—El cielo protegerá
tu existencia.

DOMINGO.— Y si me quita
de este mundo usté me enseña,
y le dice á su familia:
"este negro era mi esclavo;
"el que tanto me queria."

(*Matilde alarga su mano al negro que la besa con extraordinario regocijo.*)

MATILDE.—¡Mi buen Domingo!

DOMINGO.— ¡Ah mi ama!
¡Que Dios la colme de dicha!
(*Sale por el fondo.*)

MATILDE.—Un entrañable cariño.
ese muchacho me inspira.
Sus sentimientos me prendan,
y su espresion me cautiva.

DOMINGO.—¡Ay de mí! Que viene el amo,
y está ya en la galería....
Y si me encuentra, y pregunta,
yo no le digo mentira....
Y si la verdad le cuento,
y no le gusta....

MATILDE.— Salida
tienes por este salon.

DOMINGO.—Que Dios se lo pague, amita!
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA 3.ª

Matilde y D. Álvaro.

MATILDE.—Dirigirte debería
amante reconvencion.

D. ÁLVARO--Perdona mi detencion
en saludarte este dia.
Mil enfadosas cuestiones
turban del pecho la calma,
y aquí necesita el alma
llegar libre de impresiones.

Aquí cuanto es necesario
á la dicha se concentra,
y entro aquí como quien entra
de su culto en el santuario.

MATILDE.—¡Oh! Si te dejan hablar
te han de absolver de la culpa.
Yá sospeché la disculpa
que al pecado habías de dar.

D. ÁLVARO--Si es un tormento la ausencia
para el amor acendrado
comprende que en mi pecado
se incluye su penitencia.

MATILDE.—Benigna perdonaré,
devolviendo bien por mal.

D. ÁLVARO--Realizas el tipo ideal
que en mis sueños vislumbré.
Y encuentro tan hiperbólica
esta idea de tu favor,
que comunica á mi amor
vaga tinta melancólica:
un carácter indeciso
entre goce y sentimiento....

MATILDE.—Pero tome usted asiento.

D. ÁLVARO--Señora, con su permiso.

(Se sientan).

MATILDE.—Álvaro, preciso es,
por más que se juzgue en vano,
que sepa todo mi hermano.

D. ÁLVARO--Yo me encargo del marqués.
De mis planes en ayuda
mis influjos aprovecho,
aunque libre te hayan hecho
las franquicias de la viuda.

MATILDE.—No quiero la tradicion
de mi familia romper.

D. ÁLVARO--Ni yo aspiro á promover
semejante rebelion.

MATILDE.—Si su negativa expresa
yo mi intento hé de seguir.

D. ÁLVARO--Ella no me puede abrir
como á Ricardo la huesa.

MATILDE.—¿Nunca cesará en tu boca
el recuerdo de ese hombre?

D. ÁLVARO--Es que mi amor este nombre

con hidalgo fin invoca
Es que tiemblo de pensar,
Matilde, en que hayas creido
que de un corazon herido
puedo el lamento extrañar.
Es que mi yerro deploro
si en mis actos no se entiende
que no me daña ni ofende
su memoria ni tu lloro.
Es que unirme puedo ufano
á tu recuerdo incesante;
que si es tributo á un amante,
ese amante era mi hermano.
Por eso quiero que vibre
ese nombre sin recelos;
porque sin causarme celos
te dejo su culto libre.
Que toda exigencia egoista
al noble indigna parece:
el aprecio se merece,
y el cariño se conquista.

MATILDE.--Es tu plan tan efectivo,
y ese principio tan cierto,
que el cenotafio de un muerto
truecas en altar de un vivo:
y en mi ejemplo patentizas
de tu sistema en loor
que como el fénix, amor
renace de sus cenizas.

D. ÁLVARO--Matilde, la adversidad
me rindió con tal esceso,
que hoy me abruma con su peso
tamaña felicidad.

ESCENA 4.ª

Dichos y D. Juan.

MATILDE.—Bien llegado, caballero.

D. ÁLVARO--Adelante, amigo mio.

D. JUAN.—(*Dando la mano á Matilde.*)
Matilde, con fé sincera
en sus dias la felicito,

y por su amable convite.
debidas gracias le rindo
MATILDE.—Sentaremos á usted junto
á el blanco de sus suspiros.
(D. Juan toma asiento.)
D. JUAN.—En obedecer sus órdenes
mi gusto, señora, cifro;
pero al honrarme en su mesa
me impone dos sacrificios.
D. ÁLVARO--¿Cuáles?
D. JUAN.— Primero: estudiar
las huellas de ese martirio
que destruye lentamente
de mi Leonor los hechizos.
MATILDE.—Es implacable el baron.
D. ÁLVARO--Y bien ¿el otro motivo...?
D. JUAN.—Tolerar las hosquedades
que muéstrame de contínuo
un hombre á quien yo soporto,
porque es el padre de mi ídolo.
MATILDE.—Mi casa es campo neutral.
D. ÁLVARO--Para un hombre de principios;
pero el baron.... Yá veremos
si á la fiera domestico.
D. JUAN.—No le bastan la renuncia
que en mi proceder ha visto;
ni mi prudente actitud;
ni del respeto los signos.
Donde quiera que me encuentre
me dá de su encono indicios,
y tales que yo no sé
cómo sufrir hé podido.
MATILDE.—Al fin se canta la gloria.
Persevere usted, amigo.
D. JUAN.—Yá ni conservo esperanzas.
D. ALVARO--Hombre desagradecido,
¿no sabe usted que yo velo
en favor de ese cariño?
D. JUAN.—La buena intencion no basta.
D. ALVARO--Ella suele hacer prodigios.
Usted es un rudo atleta
en el estadio científico,
y en él con aplauso unánime
su cátedra ha conseguido;

pero en táctica social,
y en dirigir lances críticos,
si Orestes no tiene á Pílades
vá derecho al precipicio.

D. JUAN. —Lo confieso y reconozco.

D. ÁLVARO--Yá veremos si yo sirvo....
¿Habló usted al Presidente
del Consejo de ministros?

D. JUAN.—Y duró mas de dos horas
la entrevista.

D. ÁLVARO-- Es un bendito.

D. JUAN. —Me procuró disuadir
en términos bien esplícitos;
pero le hablé con franqueza
y conoce los motivos.

D. ÁLVARO--¿Y usted ha pensado bien
al renunciar el partido?

D. JUAN.—La política infecunda
aborrezco por instinto,
y rechaza mi conciencia
ese trillado camino
que enaltece á las personas
á nombre de los principios.
¿No espera á usted su Excelencia?

D. ÁLVARO--(*Levantándose.*) ¡Calle! Es verdad que me dijo
que me aguardaba á las tres,
y que en su coche vendríamos
á visitar á Matilde,
de quien es deudo político.

MATILDE.—Pués son las tres menos cuarto.

D. ÁLVARO--¡Vaya! Soy un aturdido.
Si no me lo acuerda usted
le doy un plante magnífico.

D. JUAN. —Tiene firmado el diploma. (*Se levanta.*)

D. ÁLVARO--Yo el regalo hé prevenido.
Venga usted, y entre los dos
haremos por decidirlo;
porque á la candidatura
del Baron se muestra esquivo.
Matilde, adios.

MATILDE. — Hasta luego.

D. JUAN.— Vamos por el consabido.
(*Salen por el foro.*)

ESCENA 5.ª

Matilde, poco después Leonor, el baron y el marqués.

MATILDE. —Me vá siendo insoportable
la existencia de Madrid,
y digo como D. Frutos:
"la córte no es para mí."
Amiga Leonor. Señores.
LEONOR. —Matilde, sea usted feliz,
y su próxima ventura
disfrute por años mil.
MATILDE. —Y en vida de usted.
LEONOR. — No es vida
este contínuo sufrir.
BARON. —Riñale usted sériamente.
MATILDE. —¿Por qué?
BARON .— Por tema pueril
desobedece el mandato
del sábio doctor Aubry;
resistiendo el ejercicio,
y obstinada en no salir.
MATILDE. —Niña, es forzoso vencer
esa indolencia, ese esplin.
LEONOR. —La vida exterior me abruma:
no la puedo resistir.
MATILDE. —Es una pasion del ánimo.
Yo tambien estuve así.
BARON. —Es lo cierto que hé querido
llevarla á ver á París,
y á la Suiza, y á la Italia,
á que se distraiga en fin.
MATILDE. —Fuera mejor aguardar
la crísis que há de venir.
BARON. —Me está haciendo desgraciado.
MATILDE. —Baron.....
BARON. — Desgraciado, sí;
porque procede ese mal
de casa de Mister Kean.
LEONOR. —Señor.....
BARON. — Y padre tirano
me llama algun baladi;
porque de un desconocido

quise el proyecto impedir.
MATILDE. —¡Calma, Baron!
BARON. — ¡Ay Matilde!
Harto en silencio sufrí.
(*El marqués sentado en una butaca, lee atentamente un periódico.*)
MATILDE. —Hermano, guárdete Dios.
MARQUÉS.—Hermana, estoy en Pekin.
Encontré sobre la mesa
esto..... «*El Eco del pais.*"
Felices.
MATILDE. — Mientras ustedes
charlan y fuman aquí
voy á enseñar mi invernáculo
á Leonor en el jardin.
BARON. —(*Ap. á Matilde.*) Procure usted distraérmela.
MATILDE. —(*Ap. al Baron.*) Eso aspiro á conseguir.
¿Vamos, querida? (*Salen por el foro.*)
BARON. — (*Ap.*) La mata
el amor de Albarracin.

ESCENA 6.ª

El Marqués y el Baron.

MARQUÉS.—(*Leyendo.*) «Por solucion de una crísis
«el ministerio nació
«con hereditaria tisis."
¿Está usted nervioso?
BARON. —(*Paseando con inquietud.*) No.
MARQUÉS,—«Y fin próximo le espera;
«pués no ha mostrado hasta aquí,
«ni símbolo, ni bandera."
¿Está usted oyendo?
BARON. —(*Con distraccion.*) Si.
MARQUÉS.—«Bajo tan pobres auspicios
«juzgamos que no hay acierto
«en convocar los comicios."
Es buen artículo.
BARON. — Cierto.
MARQUÉS.—¿No opina usted que es un mal...?
Hoy á usted algo le pasa.
BARON. —Tengo un humor infernal.
MARQUÉS.—¿Há quebrado alguna casa?

Vaya! ¿Tiene usté interés
en el naufrágio de *Emilia?*

BARON. —No son negocios, marqués;
sino asuntos de familia.

MARQUÉS.—Voy á la seccion local,
campo de cosas amenas.

(*El Baron se apodera de otro periódico; yendo á sentarse hácia la derecha.*)

BARON. —«*La Crónica Universal.*"
(*Ap.*) Olvidemos nuestras penas.

MARQUÉS.—«*Sepelio.... Precio del trigo....*
Robo.... Incendio... Oposicion...."
¡Ola! Asunto de un amigo
tenemos aquí, Baron.

BARON. —De medio á medio le pilla
este suelto.

MARQUÉS. — Que me place.

BARON. —Oiga usted la gacetilla.
Lleva el epígrafe—«*Enlace.*"
(*Leyendo.*) «En velo sus tocas muda,
«segun voz pública y fama,
«la elegante y gentil viuda
«del general Leguizama.
«Obtiene tesoro tal,
«y de él puede estar ufano,
«el señor de Sandoval,
«opulento americano.
«De esta boda al interés
«presta notable reflejo
«ser el padrino el marqués
«presidente del Consejo."

MARQUÉS.—Es bien poco lisonjero
que mi hermana dé su mano:
lo cuente un gacetillero,
y no lo sepa su hermano.

BARON. —Tal vez piense la señora
en impetrar su sancion.

MARQUÉS.—Eso es. A última hora.
Basta del punto, Baron.

BARON. —Pués bien, pasando á otro punto
menos ingrato, le digo
que me entere de ese asunto
de interés para un amigo.

MARQUÉS.—Topé en la seccion local
con la dichosa noticia.
BARON. —A ver.
MARQUÉS.—*(Registrando las gacetillas.)*
Fuego....” Temporal....”
Esta—«Voto de justicia.”
«Trás de aquel lucido exámen,
«y aquel brillante discurso,
«falló el último certámen
«un escogido concurso,
«y dió la cátedra en fin
«el jurado con honor
«á Don Juan de Albarracin,
«jóven é ilustre doctor.
(El Baron se levanta enfurecido..
—«El agrado general
«esta eleccion asegura,
« y....” ¿No escucha usté el final.
BARON. —Marqués, basta de lectura.
MARQUÉS.—Es que faltaba yá poco.
BARON. —Sobra para sacrificio.
MARQUÉS.—Pero ¿usted se há vuelto loco?
BARON. —Hay para perder el juicio.
MARQUÉS.—No concibo ese furor.
El jóven de quien se trata....
BARON. —Es el mismo que á Leonor
con torpes hechizos mata;
y le ha prestado su imán
en pacto vil el demonio.
MARQUÉS.—De ese hechizo el talisman,
amigo, es el matrimonio:
y haciendo al novio marido
BARON. —Yo no puedo conceder
su mano á un desconocido.
MARQUÉS.—Pues bien se dá á conocer,
y su mérito le abona.
BARON. —Cuando mi Leonor se case
lo hará con una persona
correspondiente á su clase.
MARQUÉS.—¡Hombre!
BARON. — ¿Si aspirase á entrar
en su familia el doncel...?
(El marqués se levanta con altivo ímpetu.)
MARQUÉS.—¿Y quiere usted comparar

con el oro al oropel?
BARON. —¿Y usted piensa que me humilla
con su altivez?
MARQUÉS.— ¡Vive Dios!
BARON. —Soy título de Castilla.
No hay distancia entre los dos.
MARQUÉS.—En la nobleza de cuna
se guarda el lustre en el nombre.
Los títulos de fortuna
sepúltanse con el hombre.
BARON. —El orgullo que le ciega
le hace ver en este artículo...
MARQUÉS.—Caballero, gente llega.
Evitemos el ridículo.

ESCENA 7ª.

El Marqués-presidente, dando el brazo á Matilde, don Álvaro á su izquierda y detrás don Juan, salen por la puerta al foro.

EL MARQ.—Querida prima, los dos
abusan de mi persona.
Caballeros....
(*Saluda al marqués y al baron que se inclinan profundamente.*)
D. ÁLVARO-- Muchas gracias
por el favor que me otorga.
EL MARQ. —¿Viene usted?
D. ALVARO-- Me representa
Don Juan.
EL MARQ.— Bueno. Tanto monta.
(*Entran en el salon el marqués, Matilde y don Juan.*)
D. ALVARO--Usted perdone, Baron;
yá su bondad me es notoria.
Quisiera con el marqués
quedar un momento á solas.
BARON. —Comprendo.
D. ALVARO-- Cinco minutos.
Y tambien tengo una cosa
que decir á usted, si gusta
darme una audiencia muy corta.
BARON. —No tardaré y hablaremos. (*Váse.*)
MARQUÉS.—(*Ap.*) Conmigo vá el cuento ahora.

ESCENA 8.ª

D. Álvaro y el marqués.

D. ALVARO--¿Se sirve usted dispensarme
su atencion, señor marqués?
MARQUÉS.—Seguro.
D. ALVARO-- De su bondad
poco tiempo abusaré.
MARQUÉS.—Cuanto juzgue necesario,
y entendiere menester.
D. ÁLVARO--Pero si á usted le parece,
hablemos cómodos.
MARQUÉS.— Bien.
(*Se sientan.*)
¿Qué tiene usted que mandarme?
D. ÁLVARO.--Sin duda ha extrañado usted
que antes de hoy no procediera
la entrevista.
MARQUÉS.— Puede ser.
D. ÁLVARO--Y allá para sus adentros
habrá dicho que no es
esta profunda reserva
que se quiere mantener
ni en Matilde delicada,
ni de parte mia cortés.
MARQUÈS.—Francamente....
D. ALVARO-- Usted perdone;
que aun me resta que esponer.
Mayor parece la culpa
si se atiende al interés
lejítimo de familia
que á usted le compete, á fuer
de cabeza de su estirpe,
y celoso de su prez.
MARQUÈS.—Usted se lo dice todo.
D. ALVARO--Y es fácil de comprender.
Aunque sea Matilde viuda,
mayor de edad, y le den
sus circunstancias derecho
de sí misma á disponer...
MARQUÈS.—Las tradiciones....
D. ÁLVARO-- Sagradas
son para mí, toda vez

que prestan á las costumbres
su razon y su valer.
MARQUÈS.—Exactamente.
D. ÁLVARO-- Por tanto,
yo, respetándolas, sé
que no hay estado ninguno
que emancipe á la muger
de clase de consultar
el cómo, cuando y con quien,
de un solemne compromiso
á quien lo deba de hacer.
MARQUÈS.—Perfectamente... en teoría.
D. ALVAR --¡Oh! y en práctica tambien;
que yo sé conciliar
el derecho y el deber.
Yo no soy un Juan Fernandez
descamisado ¡pardiez!
que de nadie una repulsa
fundada pueda temer.
Y en todo caso me incumbe
solicitar la merced
á que aspiro, y en la fórmula
que exige el bien parecer.
Y si tengo la desgracia
de sufrir duro revés
quedo en plena y absoluta
libertad de resolver.
MARQUÈS.—¿Y cómo esplicar entonces...?
D. ÁLVARO--Todo tiene su porqué;
pèro sin preliminares
la cuestion no es fácil ver.
MARQUÈS.—Adelante.
D. ÁLVARO-- Estas son cosas
que están al comun nivel,
y el que alegue su ignorancia
se acredita hasta de soez.
Con que para no cumplir
lo que previene esta ley
algun grave y poderoso
motivo debe de haber.
MARQUÉS.—Si usted se sirve decirmelo
mucho lo agradeceré.
D. ÁLVARO--(*Con reserva.*) Matilde tiene ambicion.
MARQUÈS.—¡Cómo!

D. ÁLVARO-- Ambicion de acrecer
el brillo de su familia;
de aumentar la esplendidez
de sus recuerdos históricos,
y de rejuvenecer
con blasones de presente
los timbres de lo que fué.
MARQUÉS.—¡Pretension original!
D. ÁLVARO.-La mortifica el desden,
con que usted trata al moderno
sistema, y lo anexo á él.
MARQUÈS.—Nunca me ha dicho....
D. ÁLVARO.- Temía
chocar con su parecer.
Pero ella dice: «mi hermano
está llamado á un papel
en relacion con su mérito
solamente con querer.»
MARQUÉS.—Pero no estoy en el caso
de incorporarme al tropel
de ambiciosos pretendientes
que pululan por do quier.
D. ÁLVARO--¡Qué disparate! Los hombres
de arraigo y de madurez
esperan una ocasion
propicia de merecer
ó distincion ó confianza
por su clase ó por su fé.
MARQUÉS.—Bien dicho.
D. ÁLVARO.- Para acercarse
al gobierno, y merecer
ó distincion ó confianza,
cual de intento las marqué,
interpósita persona
es muy del caso tener.
MARQUÉS.—Cabal.
D. ÁLVARO-- Odio la política,
y me asusta esa Babel;
y ni yo soy corredor,
ni el gobierno es mercader.
Pero soy amigo íntimo,
y muy antiguo, del buen
Presidente del Consejo,
hombre de gran sensatez,

y acerca de usted muy claro
y terminante le hablé.
MARQUÈS.—¡Ola!
D. ÁLVARO-- El gobierno creia,
ó habia llegado á entender,
que usted era refractario
á este régimen novel,
y acérrimo defensor
del que finó de vegez.
MARQUÉS.—Yo sé vivir con mi siglo.
D. ÁLVARO--Eso mismo aseguré.
MARQUÉS.—La libertad con el órden
estoy pronto á defender.
D. ÁLVARO--Hace tiempo que el gobierno
buscado hubiera el sosten
de su prestigio, si no
le hubieran hecho entrever
que usted se hallaba dispuesto
á un alarde de altivez.
MARQUÉS —¡Torpe calumnia, D. Alvaro!
D. ÁLVARO.-En fin, pude convencer
al Presidente y le dije:
»Esa es una estupidez.
»El marqués de Mondragon
»es incapaz de ofender
»al gobierno que de aprecio
»un testimonio le dé.»
MARQUÉS.—(*Alargando la mano á D. Álvaro.*)
Le agradezco esa justicia.
D. ÁLVARO.--«Yo no me quiero meter
»en cábalas, añadí,
»ni entrar en ese belen
»de mediaciones y tratos
»para unir á este y aquel;
»pero si libre de cláusulas,
»convenios, ni establecer
»compromisos, me concede
»comprobar lo que esplané,
»fío que acepta la gran cruz
»de Cárlos ó de Isabel.
MARQUÈS.—(*Levantándose.*) Usted es un caballero,
y me sabe comprender.
D. ÁLVARO--(*Levantándose.*) Y dicho y hecho, el diploma
á la firma anoche fué,

(*Presentándoselo.*) y hoy lo presento á Vuecencia
con indecible placer.

MARQUÉS.—(*Abrazándole.*) ¡Querido hermano!

D. ÁLVARO.— Por esto
mi pretension dilaté.
Era un complot con Matilde,
y vivo empeño de tres;
porque el marqués-presidente
se ha portado como un rey.

MARQUÈS.—Creo que sale, y es muy justo
al favor corresponder.

ESCENA 9.ª

Dichos, el Marqués-presidente, Matilde, D. Juan y à poco el Baron.

MARQUÈS.—Si Vuecencia me permite
acompañarle....

EL MARQ.— Me honra
la pretension de Vuecencia
en su fondo y en su forma.
Señor Baron.

BARON. — Señor mio.

EL MARQ.—Para un asunto que importa
mucho convendría nos viésemos
esta noche.

BARON. — Sitio y hora.

EL MARQ.—En mi despacho, á las doce.

BARON. —Vuecencia de mí disponga.

EL MARQ.—Adios, Álvaro.

D. ÁLVARO.- Marqués,
queda aceptado el diploma.

ESCENA 10.

D. Alvaro y el Baron.

BARON. —(*Ap.*) La cita con el ministro
algo de grave me anuncia.
(*Alto.*) Me tiene usted á sus órdenes,
si en algo ocuparme gusta.

D. ÁLVARO.-Baron, tome usted asiento,
y escúcheme con mesura,

aunque el punto que se trate
desagrado le produzca.

BARON. —Atento escucho, D. Álvaro.
(*Se sientan.*)

D. ÁLVARO.-Tengo razones y muchas
para conocer los hombres
por buena ó mala ventura.
y cuando yo, entre la escoria
que en la humanidad abunda,
á uno señalo por digno
de aprecio y de estima justa
es oro que en el crisol
su valor y ley denuncia.

BARON. —Su perspicacia conozco,
preciada por su cultura.

D. ÁLVARO.-Vine á la córte há dos años
á colocar mi fortuna,
con prevencion recelosa
contra el dolo y la impostura;
en guardia contra parásitos
y caballeros de industria;
resuelto á burlar busconas
y á preservarme de astucias:
una fragata blindada
en estas aguas impuras.

BARON. —¿Y la linterna de Diógenes
prestaba auxilio á su busca?

D. ÁLVARO.-Encontré un hombre, Baron;
tipo observado con suma
proligidad; tipo raro,
inverosímil; que estudia
y que no comprende mi alma
cómo entre cieno reluzca
como salamandra á salvo
del fuego que la circunda.
Usted tambien le conoce.
Simpática es su figura:
su talento proverbial:
su honradez fuera de duda:
su posicion decorosa,
y hoy su carrera segura.
(*Páusa.*)

BARON. —Siga usted, y cuando acabe
le ruego no me interrumpa.

D. ÁLVARO.--Yo, que opulento y sin vínculos,
hago vida vagamunda,
si no me dejo esplotar
de la trapacera turba,
tengo un deber de prestarme
de los buenos á la ayuda.
Porque Dios no dá riqueza
al hombre para que brusca
y torpemente se eleve
sobre las demás criaturas;
ni para que á sus antojos
virtud y honor prostituya;
ni para que plebe idólatra
le rinda ovacion inmunda.
La riqueza es como el sol,
una fuente de luz pura,
y Dios con ella á sus obras
las vivifica y fecunda.

BARON. —¿Pero usted ha terminado?

D. ÁLVARO-Déjeme usted que concluya.
Considere usté á don Juan
(si es que á su hija le rehusa)
como á un hijo de adopcion
á quien mi cariño escuda.

BARON. —¿Puedo hablar?

D. ÁLVARO-- Suplico á usted
que medite su repulsa.

BARON. —(*Levantándose.*) Hé dado á usted de mi aprecio
prueba cabal é inconcusa;
tolerando que me ocupe
de asunto que me repugna.
En don Juan de Albarracin
mi encono y furor se juntan;
que su audacia y su malicia
todos mis cálculos frustran.
Él destruye mi ambicion;
en mi camino se cruza;
y mientras que mata á la hija
al padre aflijido insulta.
Si este es el tipo selecto
que usted ensalza y encumbra
con proteccion semejante
á su pundonor injuria.

D. ÁLVARO--A ese jóven debe usted

hallarse en candidatura,
y que el marqués-presidente
su gracia le restituya.
BARON. —Pués yo de usted, ni del jóven,
admito gracia ninguna....
D. ÁLVARO--Bien hecho.
BARON. — Porque á los dos
rechazo desde mi altura.
D. ÁLVARO--(*Levantàndose.*) ¡Señor Baron!
BARON. — Caballero....
D. ÁLVARO--Usted de su fuero abusa;
que yo respeto las canas
aunque se tiñan y encubran.
BARON. —¡Basta!
D. ÁLVARO-- No; que la verdad
como fiero dardo aguda
voy á clavar en su pecho,
sin que le libren argucias.
Usted que de la dolencia
de Leonor á Juan acusa,
inmola á su propia hija
á prevenciones injustas.
Usted despedaza un alma
que rebosa fé y ternura,
mientras con rudos despechos
hunde á Leonor en la tumba...
BARON. —(*Angustiado.*) Don Álvaro!
D. ÁLVARO--Usted afecta
ignorar lo que le auguran
los síntomas alarmantes
que yá en Leonor se pronuncian;
y resiste comprender
el orígen de esa cruda,
insidiosa enfermedad,
que pronto no tendrá cura....
BARON. —(*Con viva ansiedad.*) Don Álvaro!
D. ÁLVARO--Siga usted:
que el curso no se interrumpa
de esa empresa meritoria
que á sus instintos adula.
Niegue su bien á un mancebo
sin cáusa fundada alguna;
emponzoñando su espíritu
con la hiel de la amargura.

Complete usted esa hazaña
á que el infierno le impulsa;
sacrificando á su hija
á su vanidad estúpida.

BARON. (*Fuera de sí.*) ¡Caballero!

D. ÁLVARO-- Y cuando solo
se encuentre en su desventura,
y asechanzas codiciosas
y rastreras le circuyan,
no implore usted compasion
de quien conozca su culpa;
que el parricida es indigno
de que la tierra le sufra.
"Caïn ¿qué has hecho de Abel?"
la conciencia le pregunta,
y se esconde, temeroso
de que á la cara le escupan.

BARON. —Oh! la luz del desengaño
me quema al par que me alumbra,
y activo el remordimiento
en el corazon me punza.

ESCENA 11

Dichos y Domingo.

DOMINGO. —¡Ay mi amo...! ¡Cuánto susto!
Me pensé que era difunta.

D. ÁVARO--Habla.

DOMINGO.— La niña Leonor....

BARON. —Leonor!

DOMINGO. — ¡Qué cosa tan súpita!
Cayó en el suelo de pronto....

BARON. —¡Hija mia! (*Sale precipitadamente.*)

DOMINGO. — Junto á la estufa....
¡Calla! Se fuè... (*Don Alvaro sale por el foro.*)
Pués mi amo
tambien... ¡Ay que barahunda!
Del amor y de la muerte
no se escapa una criatura:
lo mismo blanca que negra,
que de color de asituna.
Domingo, mucho cuidado,
no te haga daño esa fruta. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA 12.ª

D. Juan, después Matilde, D. Álvaro, y el marqués, seguidos del Baron que trae á Leonor del brazo cuidadosamente.

D. JUAN.—Consúmese el sacrificio;
que hoy mi posicion fatal
me equipara á un criminal
que camina hácia el suplicio.
Y voy á verla morir
como la agostada flor,
y de su padre el rigor
mudo, inmóvil, á sufrir.
MARQUÉS.—Y parecía tan á gusto
recorriendo el invernáculo.
D. JUAN.—(*Ap.*) Santo cielo! ¡Qué espectáculo!
LEONOR. —Les hé causado un disgusto;
más yá me siento aliviada.
MATILDE.—¿De veras?
LEONOR. — Estoy mejor.
Fué una especie de vapor.
BARON. —¿No te encuentras fatigada?
D. ÁLVARO--Tan débil no es maravilla.
Ánimo. Repose usted.
BARON. —Don Juan ¿me hace la merced
de aproximar esa silla?
D. JUAN.—Si señor. (*Ap.*) Rara mudanza!
BARON. —Acérquese: lo concedo. (*Sienta á su hija.*)
(*Ap. á D. Álvaro.*) ¿Podré esplicarme sin miedo...?
D. ÁLVARO--Si: con entera confianza.
BARON. —¿Lo asegura usted?
D. ÁLVARO-- De fijo.
BARON. —Buscando dicha y reposo,
Leonor, te doy un esposo,
y quiero ganar un hijo
LEONOR. —Padre!
D. JUAN.— Señor!
BARON. — Colme Dios
nuestras esperanzas todas!
MATILDE.—Se harán juntas nuestras bodas.
MARQUÉS— Seré testigo en las dos.
D. ÁLVARO--Nuestros votos son cumplidos
en el mismo punto, Juan,

y al término de su afan
llegan los desconocidos.
Del alma en lo mas profundo
grita mi conciencia á voces:
"Gracias, Señor, tú conoces
á quien desconoce el mundo."

(*Cae el telon.*)

Sevilla 31 de Enero de 1867.—*Se autoriza su representacion.*—El Gobernador—Auñon.—Hay un sello del gobierno de la provincia.

3 0112 117454444

GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

Los desconocidos.—Tres actos.—N.º 1.
La cuestion del banco.—Un acto.—N.º 2.
El bergantin rayo (zarzuela).—Dos actos.—N.º 3

GALERÍA BUFA SEVILLANA.

Una noche de trueno.—Un acto.—N.º 1.
Un concurso de acreedores.—Id.—N.º 2.
El último wals.—Id.—N.º 3.
Cria cuervos.—Id.—N.º 4.
El café de Rosalía.—Id.—N.º 5.
Flin flan.—Id.—N.º 6.
Deuda sagrada.—Id.—N.º 7.

Se espenden los ejemplares en Sevilla:

Librería española y extrangera.—Siérpes, 35.
Almacen de música de Palatin.—Siérpes, 32.
Despacho de billetes del teatro de Variedades, Bayona, 6.

Madrid y provincias:

Corresponsales de la Administracion lírico-dramática—"El Teatro."